

## UN ATISBO DE LUCIDEZ

«Ya está marcada toda la ropa, así se evitarán extravíos», pensaba Carmen mientras preparaba la maleta de Elvira de manera automática.

Cuando el equipaje estuvo listo, se permitió unos minutos para mirar a través de la ventana. Todavía estaba el viejo arce, el que había sido testigo de tantos juegos de su niñez. Con los ojos clavados en aquel tronco vetusto, sintió que escuchaba la voz risueña y cantarina de su madre llamándola para comer.

No pudo evitar dejar escapar una sonrisa al recordarla. Siempre había pensado que tenía una súper madre. Al fin y al cabo, ella nunca se quejaba de nada y siempre estaba dispuesta a hacer la vida más fácil a todos los que la rodeaban. Incansable trabajadora de sol a sol, pero siempre tenía tiempo para ser la mejor repartidora de dulzura y alegría con su familia. Esto siempre le dio mucha seguridad y tranquilidad a Carmen. Pasase lo que pasase, su madre estaba ahí. No importaba cómo de despellejadas estuviesen sus rodillas tras una mala caída, o si sus zapatos se habían manchado demasiado de barro por saltar en todos charcos, o aquel corte de pelo fatídico que se hizo cuando cogió las tijeras en un descuido. Ella siempre tenía solución para todo. Cómo la echaba de menos.

Carmen seguía absorta en aquellos maravillosos tiempos pretéritos cuando una voz velada la devolvió a la realidad. Era Elvira, que había entrado en la habitación y que la miraba fijamente con sus ojos azules inquisitivos.

—¿Qué haces con mi ropa? ¿Por qué la metes en esa maleta? ¿Nos vamos de viaje?

—Sí. Mañana iremos a un colegio donde vas a poder hacer lo que más te gusta, como pintar muchos dibujos.

—¿Me comprarás lápices de colores?

—No te hará falta. En ese lugar tendrás muchas pinturas y las señoritas te enseñarán muchas cosas.

—¡Bieeen! Pero tú vendrás conmigo, ¿verdad?

Carmen bajó la mirada sin articular palabra. Tenía la sensación de tener un nudo enmarañado en la garganta que le dificultaba que las palabras emanasen de su interior. Desde luego, alejarse de ella no era lo que quería, pero no le quedaba otra opción. Elvira, que intuía cuando las cosas no iban muy bien, contestó con voz débil:

—Si tú no vienes conmigo, yo no iré a ese colegio —anunció cruzándose de brazos.

Carmen sintió la imperante necesidad de desviar su atención, ya que no creía poder dilatar esa conversación por más tiempo.

—Es la hora del baño. ¿Por qué no vas a buscar tus patitos mientras yo lleno la bañera?

Elvira se negó en rotundo. Sin duda, la hora del baño era una de sus rutinas más detestadas; las quejas y las negativas siempre estaban aseguradas. Pero Carmen, con paciencia infinita, comenzó a cantar su canción preferida:

—Hola Don Pepito.

—Hola Don José —Elvira contestó automáticamente—. ¿Pasó usted ya por casa...?

Carmen aprovechó la implicación de Elvira con la canción para quitarle la ropa y meterla en la bañera. En poco tiempo, estaba chapoteando y cantando, dejando que sus manos sacudiesen el agua al ritmo de aquella melodía infantil. Carmen contempló obnubilada cómo jugaba con sus patitos y la espuma. Durante varios minutos admiró su mirada centelleante y

sus movimientos lentos, apreciando todo lo que provenía de ella. No pudo evitar que las lágrimas rodasen por sus mejillas. Y pensar que en unas horas ya no la tendría a su lado...

—¿Por qué estás triste? No llores por mí, yo estoy bien, ¿quieres que te deje mis patitos? —preguntó Elvira al ver cómo las lágrimas de Carmen perforaban la espuma brillante con la que estaba jugando.

Carmen sonrió y la abrazó impulsivamente, sin importarle el agua que se desbordaba de la bañera y encharcaba el suelo. La abrazó tan fuerte que Elvira emitió un quejido.

—¡Ay! Me haces daño.

—Vamos a secarnos y a la cama. Ya es la hora de dormir.

Como cada noche y a la misma hora, Elvira protestó. Pero a Carmen no le costó mucho convencerla, conocía demasiado bien su ritual. Cogió su peluche favorito y Elvira, nada más verlo, se metió en la cama. Carmen se echó junto a ella, era algo que solía hacer hasta que cogía el sueño. Pero esa noche era distinta; pensaba dormir con ella porque iba a ser la última. Se acabaron las noches en vela porque le dolía la tripa. No habría más terrores nocturnos colmados de llanto y llamadas para que acudiera a su lado. Nada de eso volvería a pasar. Curiosamente, esa noche Elvira no dio guerra, pero Carmen no pegó ojo porque le dolía demasiado el fuerte nudo que había anidado en su estómago. En su cabeza no dejaba de resonar la misma pregunta: “¿qué será de ella a partir de mañana?”

Cuando la luz del alba comenzó a colarse por la ventana, Carmen salió de la cama de puntillas, tratando de no hacer ruido, ya que Elvira todavía dormía. Se dispuso a preparar el desayuno, cerró la maleta y la bajó al coche, para no dar lugar a más preguntas. Tampoco tendría fuerzas para responderle. Al regresar a su habitación, la contempló de nuevo. Seguía durmiendo plácidamente abrazada a su peluche. Contempló cómo su pecho subía y bajaba

lentamente bajo las sábanas. Definitivamente, su corazón no mostraba agitación o turbación, todavía era ajeno a la nueva realidad que se avecinaba. En ese momento, Carmen se acercó a ella y le dio cientos de besos sin dejar de preguntarse cómo despertaría mañana. Una y otra vez se cuestionaba cómo sería su vida en unas horas. A fin de cuentas, nada puede acallar el ruido que hace lo desconocido.

—Vamos. Tenemos que coger el coche.

—¿A dónde vamos? ¿Nos vamos de viaje?

—Te lo dije ayer, vamos a ver un colegio que está muy bien. Harás amigas y podrás pintar mucho.

A pesar de su candidez sobre su nuevo destino, cuando Elvira entró en el coche, Carmen pudo ver por el espejo interior cómo su mirada de pronto se mostraba inquieta, como si fuera capaz de vaticinar lo que estaba a punto de acontecer.

El centro estaba a media hora en coche desde su casa. Carmen había visitado varios y al final se decidió por uno que no estaba muy lejos. De este modo, podría ir a visitarla a diario, aunque la directora le había advertido que no convenía realizar visitas hasta que se lo indicaran. No había fecha fijada, solo podría ir a verla cuando estuviera adaptada a su entorno. Eso sí, cada día le informarían de su evolución.

Cuando llegaron, Carmen sacó la maleta y cogió la mano de Elvira, trezando con fuerza sus dedos. Carmen le hablaba constantemente, distraendo su curiosidad y resaltando lo bonito que era el centro: los poblados jardines, los cipreses recortados con primor, las columnas estriadas que sostenían el arco marmoleado de la entrada... Nada más cruzar la puerta, apareció la directora, que pidió ayuda para que subieran la maleta a la habitación. Dio

dos besos a Elvira y la tomó de la mano para que la acompañara. Fue en ese instante cuando Elvira se volvió buscando la mirada de Carmen, extendió sus brazos y la llamó.

—Váyase y no miré atrás. Está en buenas manos. Hablaremos mañana —comentó la directora posando la mano que tenía libre en el hombro de Carmen.

—¡¡¡No, no, no!!! No me dejes aquí, no te vayas, quédate conmigo, no te vayas... — suplicó Elvira entre sollozos convulsivos mientras intentaba zafarse de la mano de aquella desconocida.

Carmen salió de la sala caminando hacia atrás, despidiéndose desde la distancia durante varios metros. Hizo aspavientos, lanzó besos al aire y, cuando Elvira ya no estaba más en su campo de visión, se apresuró al coche con la visión nublada por las lágrimas. No recuerda el tiempo que estuvo sentada sin arrancar. Tras varios minutos consiguió girar la llave y pisar el acelerador, pero fue incapaz de dejar atrás el sentimiento de culpabilidad: ese viajaría con ella. Sabía que era lo mejor, dadas sus circunstancias personales, no había tenido otra opción, pero no dejaba de sentirse culpable. Ahora solo podía esperar al día siguiente.

Cuando llegó a casa, el silencio fue atronador. Se sintió tan pequeña, vulnerable y angustiada como la última de las muñecas rusas, anulada por la soledad. Esa noche durmió muy poco, daba vueltas en la cama, pensando en qué haría Elvira:

«¿Habrá dejado de llorar? ¿Estará durmiendo? ¿Habrá cenado? ¿Le habrán dado su peluche? Sí, seguro que sí».

En cuanto dieron las ocho de la mañana llamó al centro para preguntar cómo había pasado la noche.

—Elvira evoluciona mejor de lo que pensábamos, se ha despertado varias veces preguntando por su casa, pero ha podido dormir algunas horas. Esté tranquila, adaptarse es cuestión de tiempo. Llame mañana y seguiremos informándola.

Cada día a la misma hora, Carmen repetía la misma llamada. Cada día obtenía la misma respuesta:

—Va evolucionando dentro de la normalidad. Tiene momentos malos aunque ayer se calmó un poco y estuvo coloreando. No se preocupe, le avisaremos cuando pueda realizar la primera visita, esperamos que sea pronto. De momento, es contraproducente que la vea.

Pero la realidad de Elvira distaba mucho de esas palabras tranquilizadoras. Las horas se le hacían eternas, sus quejidos y llanto eran continuos, pedía irse a su casa. Estaba más cabizbaja que nunca. Ya no cantaba canciones, no hablaba con nadie, se negaba a interactuar. Ni siquiera pedía su peluche para dormir. La hora del baño se había convertido en un suplicio, ya no estaban sus patitos, ahora la duchaba una desconocida. Así día tras día, Elvira se iba marchitando y ahogando en sus lágrimas amargas. Pintar era de las pocas cosas que le ayudaba a apaciguar y acortar sus días. De hecho, a veces estaba tan inmersa en sus dibujos multicolores que hasta se olvidaba de esa desalentadora realidad. Sin embargo, cuando volvía a darse cuenta de dónde estaba, se llevaba el gran disgusto de nuevo, como si estuviese atrapada en una pesadilla en bucle que se repite una y otra vez. Las trabajadoras del centro que la cuidaban la miraban con ojos compungidos, preguntándose cómo podía haber tanta aflicción en un cuerpo tan enjuto. Mientras tanto, Carmen era ajena a todo, aunque lo intuyera, jamás pensó que sus peores augurios se acercaban tanto a la verdad.

Un día, Elvira estaba junto a la puerta, la que tantas veces intentó abrir sin éxito. En ese instante, paró una ambulancia de la que descendieron rápidamente un médico y dos técnicos de emergencias. Habían recibido un aviso ante la gravedad de un residente, por lo

que el conserje abrió rápidamente y los acompañó hasta la primera planta. Con el jaleo y las prisas nadie reparó en Elvira, que aprovechó el descuido para cruzar la puerta con la prisa de un gato callejero. Pensaba correr hasta donde sus delgadas piernas le permitiesen, sin rumbo, sin un objetivo en la mente, disfrutando el aire fresco que acariciaba sus mejillas. No importaba nada: solo huir.

Todos se dieron cuenta a la hora de la comida. Para entonces ya habían pasado tres horas. La buscaron en su habitación, escudriñaron cada planta: en la cocina, en el sótano, en los jardines... pero no había ni rastro. Ante la gravedad de la situación, la directora llamó a la policía y a Carmen, que se personó en cuestión de minutos.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo han podido tener un despiste así?

Nadie parecía poder darle las respuestas, ya que nadie se explicaba cómo había podido ocurrir.

La policía tomó nota e iniciaron la búsqueda. El centro realizó carteles con la foto de Elvira donde indicaban un teléfono de contacto y rogaban colaboración ciudadana para encontrarla. En letras mayúsculas y en negrita se leía claramente: se busca anciana enferma de alzhéimer.

Carmen no dejaba de culparse y de llorar suplicando que apareciera, prometiendo que si la encontraba, volvería a casa. Pediría ayuda. Quizás hasta una excedencia en el trabajo. Ya vería, eso ahora carecía de importancia. Solo quería que apareciese su madre.

—Por favor, que aparezca, por favor —repetía nerviosamente mientras pegaba carteles por las inmediaciones con un pulso tan tembloroso como acelerado.

No había llegado a ponerse el sol cuando la encontraron. Fueron dos agentes de policía quienes vieron a Elvira entre dos coches, en un aparcamiento cercano, apenas a un par de

kilómetros de la residencia. Era un terreno sin asfaltar, terroso y estéril. Se acercaron a esa sombra que prometía ser la desaparecida y, efectivamente, ahí estaba: echa un ovillo, con el rostro hundido en sus manos, temblando de frío y emitiendo quejidos intermitentes.

Mientras uno de los dos policías se alejaba para comunicar el hallazgo y solicitar una ambulancia, el otro se acercó a Elvira, retiró sus manos espasmódicas de la cabeza y, mirando sus ojos empequeñecidos por las lágrimas, le dijo:

—Pero señora, ¿por qué se ha escapado? ¿Qué estaba buscando?

Elvira levantó su mirada azul y contestó sin titubear:

—La libertad.

Ante esa respuesta, el policía enmudeció. Le pareció que, por un momento, esa mujer había regresado de un laberinto de sombras y tinieblas en el que llevaba mucho tiempo perdida y que, por primera vez en mucho tiempo, había tenido un atisbo de lucidez.

**GARET**